

Me subí al avión apurado, casi con miedo de que algo me frenara o me hiciera cambiar de opinión. En el camino por la manga hasta la compuerta me cagué de frío. Era la última vez, ya faltaba poco. Los últimos meses en Dinamarca habían sido devastadores, la oscuridad y las temperaturas bajo cero, son ya de por sí excusa suficiente para querer irse, pero a esto se le sumó la soledad que sentía en aquellos momentos. Estaba depresivo, y me había llevado mucho tiempo darme cuenta. Cuando finalmente lo acepté, el frío y la oscuridad comenzaron a ahogarme, a caerse encima con un peso descomunal. Recuerdo que en esa tarde -noche en realidad, porque llevaban ya varias horas desde que el sol había caído-, estaba solo en mi casa, mi novia había salido a una cena con amigas, de esas para las que se vestía y maquillaba como para tener otro tipo de cenas, de esas que se vuelve con olor a sexo. Y yo estaba solo; pensando; dándole vueltas a esa angustia. Fue rápido, deben haber sido menos de cinco minutos, entre que me di cuenta que estaba deprimido, que no quería estar más ahí, y que volvería a Necochea, mi ciudad natal, inmediatamente. Salí afuera, con unos joggings y una camperita finita, que usaba para estar adentro, no me importó, salí afuera a respirar. Me faltaba el aire.

El aire congelado que entraba por mis pulmones me hizo bien, fue como si se me ordenaran las ideas. Me tranquilicé. Volví adentro, abrí la computadora y saqué un pasaje de avión para Argentina. Ni me acuerdo cuánto lo pagué. Cerré la compu y me prendí un pucho, adentro de la casa. Nunca fumaba adentro. Mi novia no me dejaba. No me importó, ya no era mi novia, ya no era mi casa.

Al otro día, me desperté de buen humor, armé el bolso (Me di cuenta que no tenía muchas cosas, agarré solo lo necesario, que no ocupaba mucho espacio). Mi novia ya había salido para el trabajo, así que nunca se enteró que yo me iba. Salí para el aeropuerto. En el camino, pasé por un café, el olor me llamó. Tenía tiempo. Entré y pedí un café negro y un rollo de canela. Reconozco que ese sentimiento tan familiar con la cultura local, me hizo dudar de mi decisión. Salí nuevamente y sin pensarlo me metí en el metro con destino a Karlstrup, donde está el aeropuerto local.

Cuando el avión tomó vuelo, parecía que las turbinas se iban a congelar. Nos elevamos entre las nubes blancas y cargadas que venían a llenar de nieve a la ciudad de Copenhague. El viaje transcurrió en la noche.

Hoy salí a caminar por la playa, el verano necochense está en su epílogo, pero los días están hermosos y la playa despejada de turistas. ¡Qué lindo se sintió pisar la arena cuando me saqué las zapatillas! ¡Cuánta calidez junta! En mis pies, en mi mente...

La playa estaba vacía y el sol, amarillo, en medio de un cielo celeste, atenuado por algunos pincelazos de nubes, iba cediendo al atardecer. Estaba en Argentina. Caminé con destino a la escollera que se encuentra al final de la costa, siempre me gustó caminar por ahí.

–¿Volviste? –me dijo Melisa sorprendida, cuando me vio. Ella iba con un buzo gris oscuro encima de la bikini, lentes de sol medio marrones, y llevaba a su golden retriever paseando por la arena. Tenía una sonrisa genuina. Nos abrazamos para saludarnos. ¡Cuánto hacía que no saludaba a un amigo con un abrazo! ¡Qué bien se siente!

–Me cansé. Dejé todo y me vine. –Le contesté así sin más.

–¡¿Qué?! ¿En serio? –dijo sorprendida pero sin perder la sonrisa. –¿Y tu novia? ¿y tu laburo?

–Renuncié a las dos cosas. Ella se habrá dado cuenta que no estoy cuando volvió a casa.

–¿No le avisaste? –Melisa se tentó de risa. No daba crédito a lo que escuchaba.

–No, fue todo rápido. Me vine.

El atardecer era perfecto. Una brisa cálida me besaba la frente. El olor del mar de fin de tarde, calmo y visitado por gaviotas que iban en busca de peces. El sol ya estaba a la altura del puente de los pescadores, al final del paisaje, a punto de meterse al mar, en esas postales únicas que tiene Necochea. Un avión comercial, cruzaba por el cielo, rumbo hacia el sol.

–Mirá, ¿qué raro un avión acá no? –Dijo Melisa.

–Es verdad. Pero se ve lindo ¿no? –Contesté y sentí que me iba.

–¿Estás bien? ... ¿¿Qué te pasa?!

–Me acabo de dar cuenta que estoy soñando.

–¿¿Qué?!

–Si, no estoy acá. El último recuerdo que tengo, es de estar en el avión, era de noche y hacía frío. Y no me podía dormir. Me debo haber dormido.

–¡Pero si estas acá salame!

–Si, estoy acá. En mi lugar en el mundo. Y ahora voy a poder descansar. –dije, o pensé que dije, antes de desmayarme.

Sentí como Melisa me sostenía para que no cayera. Vi el cielo, vi el puente y el atardecer perfecto. El mar, y las olas sonando mas fuerte. Y arriba, cruzando el cielo, un enorme avión comercial, con una turbina rota, prendida fuego.